

padres sucesos, de que sus padres no oyeron nunca hablar? ¿que recibieron leyes desconocidas hasta entónces? ¿que celebraban fiestas y cantaban en sus salmos maravillas que sus antepasados no supieron nunca?

¿Qué monstruos de opiniones, dice Bossuet, necesita adoptar el que quiere sacudir el yugo de la autoridad divina, y no reglar su creencia y costumbres sino por su razon pervertida! Para poder dudar que el Pentatéuco es de Moises, y si le tenemos tan entero como salió de sus manos, es preciso empezar por negar que los judíos hayan celebrado las fiestas, las ceremonias y los sacrificios que hoy mismo celebran, ó que nunca ha habido judíos; porque la existencia de esta nacion no está mas probada que la de su legislador Moises, y la de sus libros, fiestas, templos y altares.

Pero no nos detengamos en la legislacion de Moises, porque no hay quien se atreva á negarla; pasemos á examinar si estaba ó debia estar bien instruido de lo que escribia, y si ha sido fiel y verdadero en todo lo que ha escrito. No solo me será fácil probaros su instruccion y su veracidad; sino tambien que fué profeta, y que escribió inspirado por Dios.

En cuanto á su instruccion es claro que no podia ignorar las tradiciones comunes y generales que ha consignado en sus libros, y que sabian to-

dos. Estas tradiciones eran recientes y casi de su tiempo. Sus primeros años coincidieron con los últimos de Abraham, y el nacimiento de este concurrió con la muerte de Noe, que habia vivido y tratado muchos siglos con Matusalen y Lamech, ambos contemporáneos de Adan. Las largas vidas de los patriarcas, y el corto número de las generaciones acercaban mucho el origen del mundo al tiempo de Moises.

Pero ni siquiera era posible que las ignorase; porque entónces todos los sucesos considerables eran públicos por los monumentos que se les consagraban. Abraham, Isaac, Jacob y los demas patriarcas habian erigido muchos para noticia de sus descendientes. Los cánticos que se cantaban en las juntas y las fiestas, eran una leccion continua que no dejaba olvidar los hechos memorables de su historia; su objeto era perpetuar la noticia y la gloria de las acciones heroicas y sublimes.

El mismo Moises indica en sus libros muchos de estos cánticos; pero se contenta con citar las primeras palabras, porque el pueblo sabia las otras. Tambien compuso dos nuevos. En el primero describió el tránsito triunfante del mar Rojo, y á los enemigos del pueblo de Dios anegados entre sus aguas; en el segundo cantó la gloria y la magnificencia del Señor, afeando al pueblo su ingratitud. Es pues evidente que estaba instruido de todos los hechos antiguos que refiere en el

Génesis; y como en los otros no refiere sino su propia historia, no podía ignorar los prodigios de que no solo fué testigo, sino tambien el instrumento.

En cuanto á su verdad confieso, que para creer los hechos que refiere, es necesario tener muchas pruebas, y de tal fuerza y energía, que no sea posible resistir á su evidencia; porque cuenta sucesos tan extraordinarios que parece no caben en la razon ni en la posibilidad: y si para dar fe á una historia ordinaria puede bastar la autoridad de un autor fidedigno, para creer la que es tan prodigiosa, sobre todo, la que debe servir de base á la religion, no basta la de muchos.

La razon debe decir cuando oye la asombrosa historia de Moises, que no la puede creer á menos que Dios con milagros continuos no la obligue á cautivar sus propias luces por reverencia á la verdad divina: tiene derecho para decir, que si Moises quiere ser creído, es menester que Dios le anuncie como su enviado, y que autorice su mision con muchos milagros incontestablemente divinos.

Esto es precisamente lo que ha sucedido. Enviado Moises á Egipto para libertar al pueblo de Israel de aquella esclavitud, ejercitó un imperio absoluto sobre la naturaleza. Predijo que la resistencia del obstinado Faraon seia castigada, y de tal modo vencida, que este príncipe mismo lle-

no de terror seria el que daría mas prisa á los hijos de Israel para que abandonasen sus estados; que en una misma noche el ángel exterminador daría muerte á todos los primogénitos de Egipto, desde el hijo del rey hasta el del esclavo; que solo las casas de aquellos israelitas, cuyas puertas serian marcadas con la sangre del Cordero pascual, se salvarian de la cólera del cielo.

El suceso llena completamente la profecía: todo Egipto llora sus primogénitos: los hebreos son los únicos que no son comprendidos en este duelo universal: se les pide, se les ruega con porfia que reciban su libertad, y que se vayan cuanto antes para que cesen tan terribles males.

Pero el arrepentimiento sucede al terror. Faraon persigue á los israelitas, y estos se hallan entre la muerte que les presenta por delante un mar intransitable, ó la que les quiere dar por otra la numerosa caballería de Egipto que está ya cerca de alcanzarlos. Moises levanta la mano, toca al mar, y este se abre de parte á parte, dejando el paso libre á los hijos de Israel. Los egipcios intrépidos se arrojan en su seno para perseguirlos, y cuando ya estan salvos los Israelitas á la orilla opuesta, Moises ordena al mar, y este le obedece; se cierra y se traga á los Egipcios, á quienes los innumerables milagros precedentes solo habian servido para acabarlos de endurecer.

A los cincuenta dias de su salida de Egipto, y

salva ya la nacion tan á costa de milagros, llega al pié del monte Sinai. Allí fué donde Dios por el órgano de Moises les publica una ley con el aparato mas magestuoso; allí fué donde aquel santo legislador dió al pueblo las pruebas mas visibles de su comunicacion íntima con el Señor. ¡Qué maravillas no hizo á vista de todo Israel!

Algunos atrevidos forman el sacrilego proyecto de subtraerse á su autoridad, y usurpar el soberano sacerdocio. Los autores de la rebelion eran Coré, de la misma tribu de Moises, y Datan y Abiron, gefes de la tribu de Ruben, hijo mayor de Jacob. El pueblo les favorecia, y la sedicion parecia general: todo amenaza una entera subversion.

Moises quiere atajarla, y acompañado de Aaron y otros ancianos, va á las tiendas de los sediciosos, y dice al pueblo que se habia juntado: Alejaos de los sacrilegos: no toqueis á nada suyo, para que no os alcance su castigo: presto veréis que es Dios el que os habla por mi labios, y que nada hago por mí mismo. Escuchad:

Si estos rebeldes mueren como los demas hombres, no es Dios el que me envia; pero si por un prodigio sin ejemplo la tierra se abre debajo de sus piés para tragarlos vivos, y tragarse todo lo que es suyo, no dudaráis que es Dios el que castiga su rebelion y sus blasfemias. Dijo, y al instante la tierra se abre, y se los traga con sus tien-

das y todo lo que les pertenecia. Los infelices se sumergen en los abismos eternos, y la multitud aterrada con los gritos y alaridos que les oye, huye presurosa para que la tierra no los trague con ellos.

Si estos hechos y otros de la misma especie son ciertos, ¿quién podrá dudar que Moises obraba en el nombre del Señor? Y si no son ciertos, ¿cómo ha sido posible que los crean mas de seiscientas mil personas, que aquellos libres citan como testigos de vista? ¿Cómo estas mismas personas, en cuya presencia se asegura que pasaron, han instituido fiestas para celebrar y perpetuar su memoria? ¿Cómo todas ellas se sujetaron á una ley dura, incómoda y severa, que no tenia otro fundamento para probarles que era de Dios mas que la certidumbre de estos hechos?

¿Cómo el autor que los escribe se atreviera á publicarlos en tiempo en que los hebreos que cita podian desmentirle, y cuando todo el Egipto hubiera podido reirse de su falsedad? ¿Cómo las tribus de Leví y de Ruben consienten en su propio deshonor, sufriendo el que se atribuye á sus gefes, y que se engañe á la posteridad, haciéndola creer tan falso delito, y un castigo tan terrible como falso?

Y si no es verdad que por espacio de cuarenta años el celeste maná cubria todos los dias el campo de los israelitas; si no es cierto que una colum-

na de nube los cubria de día para defenderlos de los ardores del sol, y que la misma columna era luminosa de noche para alumbrarlos, ¿cómo se ha podido persuadir este doble prodigio á tantos millares de testigos?

Considerad, señor, que esos hechos no son rápidos, no pasan como relámpagos, no son de aquellos que no permiten examinarse despacio, y que pueden alucinar á espíritus ligeros y amigos de novedad; estos han durado cuarenta años continuos, eran públicos y siempre regulares; tampoco es posible sospechar ilusiones ó artificios, porque son superiores al talento y al esfuerzo humano. Así es evidente, que pues Moises los escribió eran ciertos, y que pues él mismo los predijo y ejecutó, era no solo profeta, sino que obraba inspirado por Dios.

En efecto, ¿qué otra luz que la divina le pudo descubrir cuanto nos refiere de la creacion del cielo y de la tierra? ¿Quién le pudo instruir de tantos y tan grandes sucesos necesariamente anteriores á los mas antiguos monumentos que podian quedar entre los hombres? ¿Qué espíritu sino el de Dios le pudo transportar al origen de las cosas, y asociarle al privilegio de los espíritus celestes que asistieron al nacimiento del universo? Por eso empieza su historia como si fuera el Espíritu divino el que hablara: sin prefacio, sin exordio, sin exhortar á los hombres á que la crean, y

y sin dudar que seria creida. No produce mas garantés que la luz que lo ilumina, y la autoridad que se lo manda.

La historia de los siglos siguientes añade nuevos grados de certidumbre á los milagros de Moises y á la inspiracion de sus libros. Despues de su muerte Josué fué encargado de acabar la empresa y conducir al pueblo. No solo le sucedió en su autoridad, sino tambien recibió el mismo poder de mandar á la naturaleza. Los libros santos refieren los prodigios que hizo al paso del Jordan, los que ejecutó en Jericó, cuando derribó sus murallas, y se rindió á los israelitas, y otros muchos.

Estos prodigios estaban predichos, y se verificaron á vista de toda la nacion; y para consagrar su memoria se erigieron monumentos á fin de que no los dudase la posteridad, como no los dudaban los testigos. Y este mismo Josué que hizo tantos milagros, hablaba de los de Moises como de hechos ciertos y conocidos, y respetaba la ley que publicó como una ley divina.

Los profetas posteriores que vinieron despues de siglo en siglo, despues de haber probado su propia mision con hechos igualmente incontestables y milagrosos, tributan á Moises los mismos respetos que Josué. Malaquías, el último de todos, termina sus profecías, su ministerio y el cánon de las antiguas escrituras con estas palabras:

„Acordaos de la ley de Moises, mi servidor, á quien dí mis órdenes en el monte Horeb.”

¿Quién, señor, es capaz no digo de destruir, pero aun de desquiciar una tradicion, una serie de hechos tan seguida, tan constante y tan respetada? ¿Quién puede romper una cadena tan eslabonada de testimonios divinos, que abraza sin interrupcion todos los tiempos? Los monumentos sagrados que forman la historia emblemática de los judíos, estan unidos, enlazados entre sí, y dependientes los unos de los otros. Los hechos mas extraordinarios que acreditaban los primeros, estan corroborados por los posteriores, que los miran como indubitables. Los milagros modernos eran hechos por los profetas, que estaban persuadidos de los milagros antiguos. Todos estos hombres divinos tienen el mismo carácter, gozan de la misma autoridad, y merecen la misma creencia que el primer legislador.

Así es preciso ó no creer nada ó creerlo todo: no es posible hacer distinciones ni dar preferencias. Un profeta solo de los últimos tiempos que se reconozca verdadero, basta para autorizar á todos sus predecesores; y un solo milagro que haya hecho, acredita todos los otros, porque no le ha podido hacer sino para probarlos.

De modo que para dudar de la divinidad de la Escritura no basta desacreditar alguno de los hechos ó atacar alguno de los milagros, sino que es

menester tener razones particulares para combatir la verdad y certidumbre de todos y cada uno de ellos; pues uno solo que quede verdadero, basta para echar por tierra todos los ratiocinios y argumentos: este solo debe probar la verdad de los demas que confirma.

Ademas, es menester que estas razones sean bastante poderosas, para que prevalezcan sobre la autoridad de una nacion que certifica lo que ha visto, sobre la tradicion constante de muchos siglos, y sobre los monumentos mas decisivos en punto de certidumbre moral. Si el incrédulo no se espanta con estas consecuencias; si se obstina en negar milagros tan sostenidos y enlazados con el culto religioso, con los usos civiles, con la constitucion política del pueblo hebreo; si no le detiene la reflexion de que es imposible dudar de su verdad, sin dudar de la existencia del mismo pueblo que los vió, los ha creído y los cree, entónces hará ver que no se puede abandonar la fe sin perder la razon.

Las innumerables profecías del Testamento Antiguo y su exacto cumplimiento, son otra prueba no ménos decisiva de que vienen de Dios; porque Dios, Criador de todas las cosas, es el único que puede regularlas. Todo está sometido á su poder, tanto la materia y los cuerpos, como las voluntades y las inteligencias. El es el único que puede hacer que todo le obedezca y sirva á sus

designios con una fuerza que supera todos los obstáculos. El solo puede conocer el porvenir, y él solo puede revelarlo á los que escoge para que sean sus órganos y sus enviados ó profetas; porque él solo conoce lo que ha resuelto de toda eternidad, y lo que debe ser ejecutado en el tiempo.

En fin, es el único que puede descorrer el velo que cubre sus impenetrables arcanos. Así, cuando un hombre anuncia desde léjos lo que todavía no existe sino en Dios, y cuando el suceso verifica la prediccion, es evidente que Dios le ha comunicado su secreto, y que le ha abierto el libro en que estan escritos sus divinos decretos.

Esto es claro, señor; y yo no acabaria, si quisiera referiros todas las profecias del Testamento Antiguo, que se cumplieron con asombrosa exactitud. Solo os apuntaré algunas. En el reinado de Ezequías, Sennaquerib, rey de Asiria, sitiaba á Jerusalem con un ejército formidable. La plaza estaba reducida á los términos mas estrechos, y todos creian que presto seria presa del vencedor; pero Isaias promete con seguridad que Dios hará perecer el ejército de los asirios (1). Esta prediccion, entónces muy inverósimil, se cumple á la letra.

El ángel del Señor en una noche quita la vida á ciento ochenta y cinco mil hombres. Sennaque-

(1) Isai. xxxvii

rib huye casi solo, sin haber sacado de su empresa mas que vergüenza y despecho, y al fin muere como Isaias lo habia predicho. Este prodigio fué tan público, que de todas partes vinieron los judíos á dar gracias á Dios, ofreciendo sacrificios en Jerusalem, y á congratularse con el profeta de la proteccion divina.

El mismo Isaias predijo otra vez, y en tiempo en que no habia la menor apariencia, las desgracias que amenazaban á Jerusalem y á la nacion entera. Predijo muchas veces, y en los términos mas precisos, la vuelta de la cautividad y la ruina de Babilonia. Lo que es mas, llamó por su nombre al que todavía no habia nacido, y que debia ser conquistador de aquella ciudad soberbia, y libertador de los judíos.

„Yo soy, dice el Omnipotente (1) por la boca „del profeta: Yo soy el que lo hago todo: el „que ejecuto los designios que he revelado á „mis enviados: el que digo á Jerusalem: Tú serás „re poblada: el que digo á las otras ciudades de „Judea: Vosotras seréis restablecidas: el que digo „á Cyro: Tú eres á quien confio mi rebaño: yo me „serviré de tí para que ejecutes mi voluntad. Es- „to digo al que hago rey, y tomo por la mano pa- „ra sujetarle las naciones: que ponga en fuga los „reyes enemigos: abro las puertas de las villas, y

(1) Isai. xlv. 24, & xlv. 1.

„quito todos los obstáculos. Yo iré delante de  
„tí. Humillaré los grandes de la tierra, romperé  
„las puertas de bronce y las barreras de hierro,  
„para que sepas que yo soy el Señor que te llamo  
„desde ahora por tu nombre.”

Despues añade: „Oigo la voz de los reyes con-  
„federados, de Cyro, rey de los persas, y de Da-  
„rio, rey de los medos, y de los pueblos que se  
„juntan. Babilonia tan magnífica y soberbia se-  
„rá destruida, como las villas impías. No será  
„habitada otra vez; jamas será reedificada. Sus  
„ruinas no servirán mas que para guarida de bes-  
„tias feroces y de serpientes. Exterminaré, dice  
„el Señor, el nombre y las ruinas de Babilonia.  
„Cubriré con un pantano el sitio que ahora ocu-  
„pa, y buscaré con cuidado hasta sus menores  
„vestigios para borrarlos.”

Ve aquí una grande y asombrosa profecía, re-  
velada á Isaías largos siglos ántes del nacimiento  
de Ciro. Todas las circunstancias estan indivi-  
dualizadas: el nombre de este príncipe, su carác-  
ter, sus calidades, sus funciones, el progreso y  
rapidez de sus conquistas, el modo con que debia  
tomar á Babilonia, y hasta la proteccion que de-  
bia dar á los judíos sus cautivos, restituyéndoles  
la libertad; y toda esta profecía tan circunstan-  
ciada se cumplió literalmente en todos sus puntos.

Joaquin reinaba despues de tres años en Jeru-  
salen. Nabucodonosor acababa de ser asociado

por su padre al imperio de la Caldea; y Jeremías,  
dirigiendo la palabra al pueblo de Judea, le predi-  
ce una ruina inmediata. Profetiza que Dios ha  
resuelto darle un castigo visible; que él y los pue-  
blos vecinos, nominadamente citados, serán suje-  
tos al rey de Babilonia.

„Porque no habeis oido mis palabras, dice el  
„Señor (1), haré venir los pueblos del Aquilon.  
„Los enviaré con mi siervo Nabucodonosor con-  
„tra esta tierra, contra sus habitadores y contra  
„las naciones que la rodean. Los haré pasar al  
„filo de la espada; haré que sean el terror y la fá-  
„bula de los demas del mundo, y haré de sus ha-  
„bitaciones una eterna soledad. Toda esta tier-  
„ra se transformará en un desierto horrible, y to-  
„das estas naciones serán sujetas al rey de Babi-  
„lonia.”

Pero no se contenta el profeta con anunciar es-  
ta grande y general desolacion de una manera tan  
precisa, sino que tambien predice la vuelta de los  
judíos á su patria, y lo que es mas, el tiempo que  
debe durar su cautiverio (2): „Cuando el tiempo  
„que habréis pasado en Babilonia se acercará á  
„setenta años, os visitaré y cumpliré la promesa  
„de volveros á vuestro pais. Pasado este térmi-  
„no de setenta años, entónces visitaré en mi có-  
„lera al mismo rey de Babilonia y á su pueblo, y

(1) Jerem. xxv. 9.

(2) Jerem. id. id.

„reduciré la tierra de los caldeos á una eterna soledad. He dado á Nabucodonosor mi siervo este pais, y los que estan en sus cercanías. Todas estas naciones se sujetarán á él, á su hijo y á su nieto, hasta que llegue el término de su reino.”

Decidme, señor, ¿si el espíritu humano por mas hábil que fuese era capaz de prever que el terrible y soberbio Nabucodonosor dirigiria sus armas contra Jerusalem? ¿que el templo seria destruido, que los vasos sagrados serian transportados y profanados, que la ciudad seria reducida á cenizas, que sus habitantes serian degollados ó hechos esclavos y conducidos á Babilonia, que los pueblos vecinos caerian igualmente en las manos del vencedor, y sobre todo, que el imperio de Babilonia y la posteridad de Nabucodonosor estaban tan cerca de su fin?

¿Quién podia prever, y ménos asegurar futuros tan contingentes? Y observad la infinita diferencia que hay entre las tímidas conjeturas de los hombres sobre los acontecimientos venideros, y la firmeza de las profecías, y ella manifiesta la certidumbre de la ciencia de Dios, y la fuerza de su poder.

En efecto estas predicciones eran tan claras y tan circunstanciadas, que los gentiles mismos que no las conocieron sino despues de su cumplimiento, se quedaron asombrados; y para eludir las con-

secuencias, se vieron en la necesidad de decir, que se habian hecho posteriormente á los sucesos. Pero los judíos que guardaban religiosamente los libros que las contenian, desmintieron aquella calumnia, y con esta contrariedad unos y otros sin quererlo ni saberlo, servian á la religion.

Los gentiles decian: Las profecías son tan positivas y precisas, que si fueran anteriores debian quitar toda duda. Los judíos decian: Isaías, Jeremías, Daniel y los demas publicaron de viva voz los oráculos que despues recogieron ellos mismos en los libros que corren en su nombre: el respeto antiguo y constante de nuestros padres hacia estos sagrados monumentos no permite la menor sospecha de alteracion ó de infidelidad; es pues indubitable que los iluminó una luz sobrenatural, y que fueron embajadores de Dios, para predicar estas verdades á los hombres.

Examinemos ahora estos libros en ellos mismos. La doctrina contenida en el Viejo Testamento manifiesta que no puede venir sino de Dios. Transportaos, señor, con la imaginacion al tiempo en que Moises y los demas profetas instruian al pueblo de Israel, y al mismo paso echad una ojeada á todos los otros pueblos de la tierra: ¿qué es lo que veréis en ellos, comprendiendo las naciones mas célebres, y que mas se aventajaron en luces y conocimientos?

El culto supremo indignamente tributado á vi-



les criaturas, el pudor prostituido hasta en los templos, la sangre humana inundando los altares, la razon natural degradada con opiniones tan sacrilegas como absurdas, la naturaleza y la humanidad ultrajadas con los excesos mas vergonzosos. ¿Qué era el pueblo en materias de religion? Ignorante, estúpido y superticioso, ¿Qué eran los filósofos? Igualmente ignorantes; pero mas culpados, porque eran mas orgullosos. En fin, toda la tierra estaba sumergida en espesas tinieblas, y no se divisaba un rayo de luz en tan profunda obscuridad.

En medio de este diluvio general de vicios y de errores se levanta en un rincón del mundo un pueblo grosero, que de repente manifiesta las ideas mas altas y sublimes de la Divinidad: un pueblo, que sobre el origen del mundo, sobre la naturaleza del hombre, su destino futuro, la virtud, la recompensa que le está prometida, y en fin, sobre la necesidad de un culto interior y espiritual sabe lo que ignora la filosofía de los mas sabios y célebres gentiles.

¿Dónde, pues, aprendieron los hebreos estas ocultas y elevadas verdades? ¿Quién les ha descubierta arcanos tan escondidos á los demas hombres á pesar de su utilidad y de su importancia? ¿Cómo una nacion tan inferior á las demas en las obras, artes y ciencias, pudo ser tan superior en los asuntos mas sublimes de religion? La causa

de esta ventaja es conocida; todo lo debió á los libros de Moises. ¿Pero quién sacó á Moises de la estúpida grosería, de que no pudo salir ninguno de los legisladores profanos? Quién podia ser sino es Dios, que se manifestó á este grande hombre, y le hizo depositario, órgano y ministro de su revelacion.

En efecto, no solo es el primero que nos descubrió la naturaleza y perfeccion del ser supremo, la excelencia del hombre, la inocencia y la gloria de su primer estado, la obediencia y gratitud que debe á su Criador, y el interes que tiene en serle fiel para ser feliz; sino que tambien nos instruye, de que nuestro primer padre abusó de estos beneficios, que fué infractor de la ley divina, que fué proscripto, y que en esta proscricion quedó envuelta su posteridad heredera de su corrupcion y de sus desgracias.

Sin la luz de la revelacion jamas hubieran podido conocer los hombres que nacen culpados; pero ¿cuánto interes tienen en conocer esta verdad! ¿Cómo sin este conocimiento, y en medio de tantas tinieblas y pasiones hubiéramos podido discernir ni les dones de Dios que hemos perdido, ni los que nos quedan? ¿Cómo hubiéramos podido conciliar la grandeza y nobleza de nuestro corazón con las continuas ruindades y flaquezas que sentimos? ¿Cómo hubiéramos podido explicar una elevacion que aspira hasta una felicidad infi-

nita y eterna, y una bajeza que renuncia destinos tan altos por los mas viles objetos?

El hombre ántes de saber la revolucion de su primer estado era para sí mismo un abismo profundo, un enigma incomprendible, un misterio impenetrable; quanto mas se aplicaba á conocerse, tanto ménos podia concebirse. Le parecia estar desterrado, y no sabia la causa; se sentia castigado, y no conocia su delito; deseaba restablecer el órden y la paz en sus sentidos, y no alcanzaba la causa por qué no podia hacerse obedecer.

Pero todo lo alcanza, todo lo entiende desde que sabe que el estado en que se halla no es aquel en que el hombre salió de las manos de Dios, y que la degradacion de su ser es la pena de su desobediencia. Ya no le espanta que se vea en la miseria un vasallo rebelde y desgraciado; ya comprende de dónde le viene su elevacion y su bajeza; y aunque llora sobre sus propias ruinas, y sufre sus estragos, no puede dejar de admirar los preciosos restos de su primer grandeza.

Es verdad, señor, que este es un grande y profundo misterio, y que el modo con que Adan pudo infestar á su posteridad es un secreto, que no puede penetrar nuestra inteligencia. De esto hablaremos despues, y ahora no os lo propongo sino para haceros conocer, que aunque la razon humana no descubre la justicia con que sus descendientes pudieron ser culpados, ántes de poder

abusar de su libertad, debe á lo ménos comprender, que una verdad tan profunda, tan extraña, tan contraria á nuestras ideas, no ha podido salir de la imaginacion de ningun hombre; que solo puede venir de la revelacion, y que no hubiera hallado creencia en la tierra, si no estuviera sostenida por la revelacion que apoyada ella misma por las pruebas mas evidentes obliga á que creamos todo lo que nos dice.

Pero para que esta verdad nos pudiese ser útil, era menester que la acompañase otra: de nada nos sirviera conocer la causa de nuestra desgracia, si no conociéramos el remedio. Y esto es lo que hacen las santas Escrituras; pues como os he dicho, al mismo tiempo que nos muestran el abismo en que arrojó á sus hijos el primer prevaricador, nos anuncian el Mediador ó Redentor que debia reparar aquel daño; nos anuncian que Dios por una misericordia digna de su grandeza, quiere restablecernos en nuestra antigua gloria; y nos muestran de léjos al Libertador, que hará cesar la maldicion pronunciada contra la raza delincuente:

Estas son las palabras que os cité al principio, y que para consolar á Adan pronunció Dios contra la serpiente, intimando al seductor su maldicion eterna. En su breve contexto se encierran grandes cosas. Predicen que de una muger bendita entre todas nacerá un hijo, que tendrá la naturaleza del primer hombre sin tener su corrup-

cion; que este hijo será el gefe y el padre de una nueva, santa y feliz posteridad; que no solo será justo, inocente, y de una clase separada de los pecadores, sino el autor de la inocencia, y el principio ó raíz de la justicia; que romperá la cabeza de la serpiente, que arruinará su imperio y destruirá su poder por medios que no podrán comprender ni los hombres ni el mismo tentador; porque no obtendrá la victoria con lo que en él parece fuerte, sino con lo que parezca débil; esto es con la carne, con sus ultrajes, con sus dolores y muerte; pues estos serán los instrumentos con que aplastará á la serpiente, y con que quitará toda la fuerza á su malignidad.

Y ved aquí como la religion al tiempo que nos humilla, nos consuela. Si nos hace conocer la miseria de nuestro origen, nos descubre un remedio poderoso: si nos aflige con la idea de nacer desagradables á los ojos de Dios, nos tranquiliza mostrándonos en los méritos de un Redentor la esperanza de la reconciliacion, y el principio de la penitencia.

¡Y qué prueba mayor de la inspiracion de la Escritura y de la verdad de la religion! Considerad, os repito, señor, si es posible que un hombre inventase una idea tan nueva y tan extraña como la del pecado original, que imaginase un Redentor, si aquel pecado no le hubiera hecho necesario; y qué impostor se hubiera atrevido

á fundar una religion sobre una promesa tan superior á todas las ideas, y á todos los esfuerzos del poder humano, si no lo asegurará la palabra de Dios?

Así es, señor. La promesa era suya; pero no debia cumplirse sino despues de muchos siglos. Era menester que el género humano conociese el exceso de sus males, la gravedad de sus daños, su corrupcion y sus tinieblas; era menester que una dilatada experiencia le enseñase, que ni la naturaleza con sus esfuerzos, ni la ley con sus ceremonias, ni la filosofía con su orgullo podian liberrar al hombre de la esclavitud del pecado, y ponerle en las sendas de la justicia; era menester que una larga esperanza, y una grande paciencia le hiciesen sentir todo el precio de su libertad.

Con estos altos y elevados designios Dios ordenó todos los sucesos de la tierra desde la caida de Adan hasta la venida del Libertador. Veamos rápidamente lo que nos dice la Escritura de estas edades primitivas del mundo, y verémos como en un magnífico espetáculo la omnipotencia del Señor en el gobierno de sus criaturas, su fidelidad en la execucion de sus promosas, y su independencia soberana en la distribucion de su justicia y de su misericordia.

Ya hemos visto que los descendientes de Adan, envilecidos y degradados por la desobediencia de su padre, apenas pudieron multiplicarse sin au-